Un cura por la senda de la independencia. Julián Navarro, de Rosario a la cordillera, 1810-1816

María Elena Barral

La independencia no se engendró a sí misma. Este proceso, complejo y conflictivo, se sostuvo en tradiciones –en ocasiones, muy antiguas– que lo condicionaron y también permitieron la construcción de nuevas legitimidades. Sus protagonistas se valieron de las instituciones, agentes y creencias que conocían, tenían a mano y se presentaban como las más capaces para llevar a cabo las transformaciones políticas que estaban teniendo lugar. En la persistencia de algunas de estas figuras clave –ordenadoras de la sociedad durante la etapa colonial– residió la factibilidad de las nuevas repúblicas.

En particular, la intervención de los curas no puede ignorarse, aunque los papeles desempeñados no fueran siempre los mismos ni ocuparan siempre el centro de la escena.[1] A lo largo de las primeras décadas del siglo XIX asistimos a un cambio en la posición del clero que, por un lado, perdía privilegios como grupo –al tiempo que nuevas referencias culturales convivían o competían con el catolicismo como fuente de legitimidad– y, por el otro, muchos curas ocuparon posiciones de poder en las nuevas repúblicas. Sin embargo, la manera en que los curas fueron revolucionarios no fue siempre la misma.

A partir de 1810, para algunos curas, se vigorizaron y multiplicaron los ámbitos de acción. Julián Navarro, el protagonista de este artículo, no dejó pasar ninguno de ellos. Entre 1810 y 1817 participó activamente en los distintos escenarios inaugurados o amplificados por la Revolución de Mayo: intervino en las movilizaciones producidas en la plaza de la Victoria, acompañó el izamiento de la bandera en Rosario, asistió al Combate de San Lorenzo, predicó a favor de la "concordia" desde el púlpito de la catedral porteña y cruzó la cordillera de los Andes. Estos distintos escenarios, y la actuación que Navarro desplegó en los mismos, permiten considerar distintas cuestiones de enorme importancia para lograr una comprensión más completa del proceso de independencia. Entre ellas se destacan: la dimensión religiosa del cambio político y el uso político de la religión, así como la disponibilidad de estos argumentos y contenidos –y de las

[1] Sobre las transformaciones del clero en este período puede verse: Barral, M. E., "De mediadores componedores a intermediarios banderizos: el clero rural de Buenos Aires y la 'paz común' en las primeras décadas del siglo XIX", en *Anuario del IEHS,* n.º 23, UNICEN-IEHS, 2009, pp. 151-174 y "Un salvavidas de plomo. Los curas rurales de Buenos Aires y la reforma eclesiástica de 1822", en *Prohistoria* n.º 13, 2009, pp. 51-68.

instituciones y agentes que conformaban la Iglesia católica– en el nuevo contexto que tenía lugar apenas comenzado el siglo XIX.

ROSARIO, 1810

Una tarde, cuando apenas se había iniciado el año 1810, coincidieron en la pulpería de Marcos Loaces, en Rosario de los Arroyos, el alcalde y Julián Navarro, el cura del pueblo.[2] Se encontraban en el lugar por excelencia de los pasatiempos masculinos. Allí estaba el pulpero –también teniente de milicias–; el alcalde del partido, Isidro Noguera, y el párroco Navarro, quien había llegado al pago de los Arroyos hacía menos de un año junto con su madre.

El encuentro no fue amistoso. Noguera se apersonó en la pulpería por encargo del cabildo de Santa Fe para inspeccionar si se cumplían las reglamentaciones sobre el precio de los comestibles y el peso del pan. Al revisar la mercadería descubrió algunas irregularidades: halló panes con un peso inferior al establecido por la normativa. Intentó decomisarlos y aplicar una multa al pulpero Loaces, pero esta fiscalización causó el enojo de algunos de los presentes. El comerciante "puso mano a la espada" –siempre la tenía a la vista: no por casualidad era una de las autoridades militares del partido– y entre la concurrencia se entonaron "canciones inicuas" que se burlaban del alcalde y de su apetito recaudador.

El cura Navarro, lejos de calmar los ánimos, acompañó la pelea, echó más leña al fuego y trató de "loco" al alcalde. Noguera informó inmediatamente lo sucedido esa noche a las autoridades de Buenos Aires y no ahorró improperios para el cura, a quien calificó de borracho, mulato y "muy dado al juego". A medida que pasaban los días, los gestos de hostilidad mutuos se acumularon.

El alcalde se sintió dañado por la acusación del cura acerca de su dudosa cordura y pidió al Virrey Cisneros, quien ya se encontraba al tanto del episodio, ser examinado por los "médicos profesores" con el objeto de desmentir al sacerdote. La máxima autoridad –no por mucho tiempo, ya que en pocos meses lo desplazaría la revolución del 25 de mayo– intervino: al pulpero le ordenó que obedeciera a su alcalde y a este lo reprendió por algunos manejos turbios detectados con la plata proveniente de las multas. El pulpero acató las órdenes del virrey, pero rápidamente organizó una acusación al alcalde, a la que sumó a una parte de los "vecinos principales" del pueblo. Unas semanas más tarde el cura quitó de la Iglesia el banco destinado al asiento del alcalde. Con ese gesto, Navarro quería mostrar a la comunidad que la guerra con el alcalde estaba declarada.

[2] Este conflicto se encuentra en AGN, Sala IX, Tribunales, 62, 9: Proceso contra el Alcalde de la Hermandad del Partido del Rosario Dn Isidro Noguera por varios excesos de que le acusan el cura D. Julián Navarro y el capitán D. Pedro Moreno". Ha sido analizado en detalle por Barriera, D., "El alcalde, el cura, el capitán y 'la Tucumanesa'. Culturas y prácticas de la autoridad en el Rosario, 1810-1811", en María Paula Polimene (coord.), *Autoridades y prácticas judiciales en el Antiguo Régimen. Problemas jurisdiccionales en el Río de la Plata, Córdoba, Tucumán, Cuyo y Chile*, Rosario, Prohistoria, 2011, pp. 221-261. Algunos aspectos del mismo fueron considerados por Álvarez, J., *Historia de Rosario (1689-1939)*, UNR-EMR, 1998 (Rosario, 1942).

En aquel caserío de poco menos de mil habitantes, estas noticias corrían como reguero de pólvora. Durante todo el año 1810, ya de por sí agitado, se sucedieron agravios recíprocos. Pero la caída definitiva del alcalde Noguera se terminó de decidir luego de la golpiza que le propinó a "la tucumanesa" hacia fines de ese año.

A nadie se le escapaba que Noguera tenía una amante y ella era Manuela Urtado Pedraza, la "tucumana o tucumanesa", a quien exhibía, orgulloso como "la Señora Tenienta del Ejército", merecedora de todos los honores. Aunque exageraba sobre los grados militares de Manuela, efectivamente la mujer había sido condecorada por Liniers por su actuación en la primera invasión inglesa de 1806. Según varios testigos, cuando vio morir a su marido en la plaza Mayor –la actual plaza de Mayo– atravesado por la bala de un fusil, Manuela tomó el arma y mató al inglés que la había disparado.

El cura y el capitán de milicias Pedro Moreno –que luego de la revolución había sido nombrado juez comisionado del Superior Gobierno– denunciaron este acontecimiento ante la Junta de Buenos Aires. Aprovechando el escándalo del cual todo el pueblo era testigo, acusaron a Isidro Noguera de haber cometido variados abusos y de manifestar conductas impropias de un alcalde juez.

Como consecuencia de este rosario de disputas se inició una causa criminal. De resultas de ella, Noguera fue suspendido por cuatro años para ejercer cargos públicos y a Manuela Pedraza directamente se le prohibió la entrada a Rosario "para evitar los escándalos que resultan del sumario". Navarro, por su parte, debió desandar algunos de sus pasos: se lo obligó a restituir el asiento de la iglesia destinado al alcalde, fue desautorizado a propósito del diagnóstico de locura realizado sobre el comportamiento de Noguera y resultó separado de su cargo por diez meses. Durante ese lapso se dedicó a litigar en Buenos Aires contra Noguera y a conocer de cerca la política de los primeros tiempos de la Revolución.

Sus argumentos contra el alcalde Noguera ya estaban escritos con el lenguaje de la revolución. Según el cura, Noguera era un tirano y un déspota que no se había enterado del cambio político: la época de la "regeneración y libertad" habían llegado. Sus feligreses de Rosario –en nombre de quienes levantaba la voz–, "escandalizados, vejados y oprimidos", ya no se callarían como antes, "amedrentados con la distancia de su recurso y con la antigua costumbre de no ser oídos". Si en el pasado, abatidos y humillados, hubieran besado las "manos de su opresor", en el presente –y a través de su pastor– confiaban en que sus quejas contra un juez despótico serían escuchadas.[3] El cura Navarro asumía la representación de sus feligreses y ciudadanos y, para ello, componía un paisaje con los colores de mayo de 1810. Estas arengas preanunciaban –y probablemente también ensayaban– otras prédicas destinadas a auditorios más célebres.

[3] Todas las citas corresponden a: AGN, Sala IX, Tribunales, 62, 9.

DE LLENO EN LA POLÍTICA REVOLUCIONARIA, BUENOS AIRES, 1811

Mientras se encontraba en Buenos Aires, apartado de sus funciones parroquiales, Navarro no se quedó quieto. Lejos de ello, el cura se involucró en la vida política de la capital de las Provincias Unidas.

A partir de 1811, las luchas entre los grupos que impulsaban los distintos proyectos de gobierno se decidían, principalmente, a través de movilizaciones callejeras. Así sucedió en abril de ese año, cuando la facción saavedrista desplazó a los morenistas valiéndose de los alcaldes de barrio y de los labradores de las afueras de Buenos Aires. En septiembre tuvo lugar otro "movimiento de pueblo" en el que Julián Navarro no fue un mero espectador cuando el Primer Triunvirato desplazó a la Junta Grande y con ella a los partidarios de Saavedra. El día 18 unos cincuenta agitadores, entre los que se encontraba el sacerdote, presionaron al Cabildo en la Plaza de la Victoria y al atardecer pegaron carteles con los que llamaban a la elección de diputados para el día siguiente.[4] Un testigo de la época describe el clima de esas agitadas jornadas:

> Bien temprano ya se aseguró que hoy había jarana y, en efecto, a las ocho hubo alguna gente capitaneada y como formando cabezarios sujetos entre ellos Francisco Paso, el doctor Navarro y muchos frailes de todas las religiones y clérigos que subían y bajaban en tropel, buscaron con ahínco a los cabildantes.[5]

Tanto en la calle como en las elecciones se encontraba Julián Navarro, a quien se lo vio en la Plaza –el lugar donde Manuela Pedraza había desempeñado su perfil más heroico apenas cinco años antes–, movilizando a los cabildantes para deponer al gobierno. También actuó como elector, intervino en el escrutinio y obtuvo los votos necesarios para figurar como asesor del gobierno. Incluso, su nombre llegó a sonar como uno de los probables integrantes del Primer Triunvirato.[6]

Navarro se acercaba a la "alta política". Ya había asomado esta faceta en su actuación pública de los años previos. Durante el enfrentamiento con el alcalde de Rosario, a comienzos del año anterior, se había autoproclamado vocero de sus feligreses y había empleado argumentos de todo tipo, también políticos. Dijo que Noguera era un "loco", pero también lo acusó de ser "un déspota y un tirano" y

[4] Un análisis de esta movilización puede verse en Di Meglio, G., *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006.

[5] "Diario de Juan José Echevarría con referencia a los sucesos del 5 a 6 de abril de 1811 y las elecciones de septiembre del mismo año", en *Biblioteca de Mayo. Colección de obras y documentos para la historia argentina*, Buenos Aires, Senado de la Nación, tomo IV, 1960, pp. 3263-3264.

[6] En ese movimiento, la Sociedad Patriótica dirigida por Bernardo de Monteagudo –que reunió a antiguos morenistas– y la Logia Lautaro se apoderaron de la dirección de la revolución. Esta organización secreta fue fundada por algunos oficiales que desembarcaron en Buenos Aires después de participar en la guerra contra la invasión de Napoleón en España. Entre ellos se encontraban Carlos de Alvear, José de San Martín y Matías Zapiola.

profetizó que sus feligreses no iban a soportar una nueva tiranía. Había empezado su carrera en la revolución.

En los siguientes años recorrió distintos escenarios donde se decidía el rumbo del país. Lo hizo como elector, como orador y también en el campo de batalla. Desde el inicio de la revolución se involucró en la intensa vida política de su tiempo.

EN LAS BATERÍAS "LIBERTAD E INDEPENDENCIA", ROSARIO Y SAN LORENZO (1812-1813)

De regreso a Rosario, Julián Navarro se vio envuelto en dos acontecimientos que pasarían a la historia como importantes efemérides. En el territorio de su parroquia tuvieron lugar algunos de los tramos más expresivos de la incipiente historia "patria": el izamiento de la bandera de Belgrano, en febrero de 1812, y el Combate de San Lorenzo a comienzos del mismo mes del siguiente año.

Apenas habían pasado unos días de su vuelta a la parroquia cuando el cura Navarro debió bendecir el pabellón que Manuel Belgrano enarboló a orillas del Paraná. En el Monumento a la Bandera, dos imágenes lo recuerdan: en el interior, un altorrelieve lo muestra junto a Catalina Echevarría de Vidal, la encargada de confeccionar la bandera; en el exterior, se lo ve en un bajorrelieve del escultor Eduardo Barnes que evoca el gesto del izamiento realizado por don Cosme Maciel.[7]

Un año después, cuando San Martín y el Regimiento de Granaderos enfrentaron al ejército realista en San Lorenzo –apenas treinta kilómetros más al norte–, el cura Navarro asistió a los heridos y a los moribundos en un pequeño hospital que improvisó en el refectorio del convento donde los frailes franciscanos acostumbraban almorzar. San Martín valoró su presencia y destacó su entrega: "se presentó armado con su voz y suministrando auxilios espirituales en el campo de batalla". Fue quien dio el responso y la "cristiana sepultura" a los muertos en combate en el camposanto junto al convento de San Carlos.[8]

No era su primera intervención en las lides militares, ni tampoco sería la última. En 1802 había participado como capellán en la expedición militar a la Banda Oriental al mando de Tomás de Rocamora. Aquella misión tenía por objeto controlar la frontera con el imperio portugués y procuraba detectar y remitir a las autoridades a aquellos sujetos que escapaban del control de la corona española ya fueran indios "infieles" charrúas y minuanes, o contrabandistas portugueses.[9]

[7] Colimodio, R. A. y Romay, J. A., *Soldados de San Martín en San Lorenzo. Hechos y aspectos inéditos*, Buenos Aires, Alfar Editora, 2012.

[8] Bragnoni, B., "Rituales mortuorios y ceremonial cívico: José de San Martín en el panteón argentino", *Histórica*, vol. 37, n.º 2, 2013, pp. 59-102.

[9] Wiurnos, N., "¿Reformismo inconcluso? El proyecto ilustrado del sur entrerriano. Un análisis desde la trayectoria de Tomás de Rocamora", en Barral, M. E. y Fradkin, R. (comps.), *Guerra y gobierno local en el espacio rioplatense (1764-1820)*, Luján, Edunlu, 2016, pp. 35-72.

Algunos años más tarde, como veremos, lo haría nuevamente junto a San Martín atravesando los Andes.

Julián Navarro buscaba acercarse a la capital de modo permanente. Cuanto más cerca del centro de las decisiones políticas, mejor. Por eso logró que lo trasladaran como cura a San Isidro a principios de 1814. Era un cargo interino, porque se encontraba a la espera de un puesto como capellán en el Regimiento de Artillería en el que se lo nombró el 1.º de abril de 1815.

LA POLÍTICA, ENTRE EL PÚLPITO Y EL EJÉRCITO, BUENOS AIRES 1815-1816

Cuando Navarro se incorporó como capellán del regimiento de Artillería, Carlos María de Alvear todavía era Director Supremo.[10] Esos primeros meses de 1815 representaron un momento crítico para la revolución. Se unían un conjunto de adversidades que incluían la desobediencia del Ejército del Norte, la disidencia de Artigas en el Litoral, la restauración de Fernando VII en España y la derrota de todas las revoluciones americanas ante los ejércitos realistas.[11]

La debilidad del gobierno de Alvear no impidió que se intentara acallar las críticas de los opositores. Opositores como Julián Navarro. El cura fue enviado preso a Carmen de Patagones, que funcionaba como un lugar de reclusión de condenados comunes y, a partir del movimiento revolucionario, también de presos políticos.

Luego de un 1815 de inestabilidad política, a mediados del año siguiente, el Congreso –que se encontraba sesionando en Tucumán– designó un nuevo Director Supremo. El nombramiento de Juan Martín de Pueyrredón puso fin a un período de incertidumbre y se inició una etapa de relativa tranquilidad en Buenos Aires, que se instaló como capital indiscutida del poder central revolucionario.

Julián Navarro volvió a Buenos Aires para ocupar, al menos por algunos minutos, los primeros planos de la escena política al lado de Pueyrredón y la tendencia centralista que este defendía. Lo hizo por medio de un sermón en la Catedral, conocido como "Discurso de la Concordia", en el que convocaba a la unidad y al reconocimiento de la autoridad del Director Supremo Pueyrredón.[12]

La sucesión de acontecimientos que tenían lugar en forma acelerada conmovía a una sociedad que vivía en un estado de agitación permanente. En este

[10] Desde fines de 1812 la Logia Lautaro había asumido la dirección de la revolución y Carlos María de Alvear se convirtió en uno de sus principales referentes. Era el sector de la Logia Lautaro que dirigió la Asamblea del Año XIII creadora en 1814 del cargo de Director Supremo.

[11] Di Meglio, G., óp. cit.

[12] "Discurso que en la función celebrada por el Señor Provisor y Venerable Clero de Esta Santa Iglesia Catedral el 17 de noviembre de 1816 para rogar por la concordia con presencia del Exmo. Señor Director Supremo y corporaciones del Estado dijo el capellán del Regimiento de Artillería y catedrático de vísperas de los Estudios Públicos de esta capital Doctor Don Julián Navarro en la Catedral de Santiago de Chile el 14 de setiembre de 1817", en Museo Histórico Nacional, *El clero argentino de 1810 a 1830*, Buenos Aires, Imprenta de M. A. Rosas, 1907, tomo II: Alocuciones y Panegíricos, pp. 14-35.

contexto extremadamente cambiante, las celebraciones religiosas –y los sermones o discursos, que tenían un lugar destacado en ellas– acompañaban el proceso por el cual hombres y mujeres de la época iban adquiriendo conciencia de la situación especial y conflictiva a la que asistían como testigos y protagonistas. En el recinto del templo, los sacerdotes organizaban un mensaje político que era escuchado por quienes asistían a la ceremonia, ofrecían una interpretación de aquel presente y, desde el púlpito, buscaban promover un punto de vista sobre los sucesos que estaban teniendo lugar, así como persuadir a su audiencia en la toma de posiciones.[13]

Los episodios que estos oradores comentaban se inscribían en la historia de la Salvación, y las apelaciones bíblicas en el marco de sus sermones –verdaderos discursos políticos–, eran ineludibles. Allí, los sacerdotes buscaban –y encontraban– claves para interpretar y transmitir los acontecimientos que estaban teniendo lugar. Al mismo tiempo aventuraban una legitimación religiosa de los acontecimientos políticos.

Se trataba de un tipo de asociación extremadamente cotidiana que la revolución heredaba de los años coloniales. Aunque parezca contradictorio, la construcción de un nuevo orden político necesitaba apoyarse en antiguas instituciones y prácticas que allanaran el camino hacia las nuevas repúblicas. La religión había sido uno de los lenguajes de la política y lo seguiría siendo por muchos años más.

En el *Discurso de la Concordia*, Navarro ofrecía una interpretación sobre la presencia española en América y elaboraba una serie de justificaciones para explicar la legitimidad de los procesos de independencia de los pueblos americanos que estaban teniendo lugar en ese momento. Si en este punto la mayoría de los habitantes de estas "Provincias Unidas" estaba de acuerdo, más problemático se presentaba el segundo tiempo de su sermón, que advertía sobre los peligros de "la hidra de la discordia", una "calamidad contagiosa" que estaba lejos de ser desterrada.

Según su reconstrucción, con la llegada de los españoles –por intercesión de la Providencia– "a estas playas entonces incultas, algunos naturales huyeron, mientras otros opusieron una resistencia miserable". Los conquistadores fundaron un imperio sobre las ruinas del antiguo y, luego, la fortuna se empeñó "en coronar sus más temerarios esfuerzos": su idioma se extendió, las artes crecieron, aparecieron nuevas ciudades y los tesoros americanos se transportaron por toneladas hacia Europa en barcos de bandera española. "¿A qué precio?" –se preguntaba el orador Navarro. Se respondía: "el de la corrupción y la injusticia". Todo lo que debería haber funcionado, se desmoronó. América recibió de España nada menos que el ejemplo de la "prostitución". Decía el orador:

[13] Baltar, R., "Autores y auditorios en los sermones patrios (1810-1824)", en Batticuore, G. y Gayol, S. (comps.), *Tres momentos de la cultura argentina (1810-1910-2010)*. Prometeo, Buenos Aires, 2012. pp. 41-69.

> …Los españoles embriagados con la prosperidad de trescientos años se precipitan en los desórdenes del vicio: su piedad se enfría, la violencia se entabla por política de la Nación, de los Tribunales desaparece la justicia, de los consejos del monarca la sabiduría y la equidad, de las ciudades las virtudes y de las casas la moral.

La independencia, así, se justificaba en argumentos de orden moral y religioso: era el único remedio para tomar distancia de los "vicios" y la "impiedad" de Europa.[14] Julián Navarro aplaudía la separación de España y la comparaba con el pasaje bíblico en el que Yahvé ordena a su pueblo: "deponer y castigar a los primados de la Nación". Y ampliaba la analogía entre el pueblo elegido de Israel y los *americanos emancipados* basándose en el libro del Éxodo.

> …bajo este símil descubro, ciudadanos, el doble esfuerzo con que arrojasteis de vuestro seno a los jefes peninsulares, constituyéndoos un gobierno entre vosotros mismos, que os rigiese con sabiduría y justicia, y descubro con singularidad el heroico denuedo con que cortasteis toda comunicación con la España, declarándoos independientes para separaros de sus vicios.

Navarro sumaba argumentos: para llevar a cabo el proceso de independencia, el Señor había escogido por instrumentos a "varones fuertes y políticos profundos". Los mismos que España había mantenido en el "más humilde abatimiento […] Los mismos, sí, españoles, los mismos: pero la Providencia los ha escogido para castigar vuestro orgullo". América, insultada por sus opresores y reputada en nada en la escala de las naciones "hace ver lo que valía para la España, separándose de ella".

Hasta aquí casi todos estaban de acuerdo, pero luego de la independencia –y frente a una espiral creciente de luchas intestinas– se imponía la necesidad de la moderación y la concordia. La Providencia volvía en auxilio del discurso de Navarro: ella "jamás concede la libertad a los pueblos, sino bajo la condición de ser prudentes y virtuosos". Su discurso se detenía en dos aspectos: "En el primero demostraré la necesidad de la concordia aduciendo las pruebas que nos suministra la historia y la experiencia; en el segundo haré ver que la concordia es una virtud indispensable para un cristiano, sin la cual nacen todos los vicios que causan la ruina del Estado".

La Historia, "escuela del género humano", le proporcionaba una gran cantidad de evidencias de pueblos sufrientes por la "discordia envenenada" que se alimentaba de las pasiones más feroces como la venganza "(se vengan los espíritus débiles, pequeños y despreciables)":

> Yo me estremezco al tocar estas lecciones de la historia. Las circunstancias de nuestros pueblos rodeados por todas partes de encarnizados enemigos me hacen justamente temer las mismas intrigas que acabaron con la vida de aquellos famosos Estados. Y en estos momentos tan delicados para los hijos de la naciente liber-

[14] Di Stefano, R., "Lecturas políticas de la Biblia en la revolución rioplatense (1810-1833)", *Anuario de la Iglesia*, n.º 12, 2003, p. 213.

> tad, la discordia ha levantado su infernal cabeza sobre estos inocentes pueblos; la discordia amenaza sepultar nuestra vacilante existencia en las más lamentables desgracias.

Su perspectiva histórica no solo miraba hacia atrás, hacia el pasado. También imaginaba un futuro en el cual se hablara de su presente: "¿acaso algún historiador futuro nos echará en cara el furor de nuestras pasiones, por origen de nuestra ruina; y otro orador mostrará a las edades venideras el ejemplo de nuestra demencia, como yo os señalé la de los griegos?" Ya había repasado las guerras civiles en Grecia y también ejemplos más recientes –Francia, Alemania, Inglaterra y España, cuya crisis dinástica explica, en gran medida, por la discordia en la casa reinante– para ejemplificar el modo en que la falta de concordia hacía evaporar la vida de los Estados.

Al final de su sermón, Julián Navarro no olvidaba precisar el lugar desde el cual pronunciaba este Discurso de la Concordia: "aunque no puedo desentenderme que hablo como orador cristiano, no me olvidaré de que esta reunión tiene un objeto verdaderamente cívico y debo mostrarme ciudadano". Cristiano y ciudadano, como se refirió a sus feligreses rosarinos en el momento de hacerse su vocero, en 1810, a propósito de los desatinos del alcalde Noguera.

Habiendo pasado seis años de aquel incidente, el cura procuraba presentar un perfil del papel que los sacerdotes debían desempeñar en aquel momento histórico: "Los sacerdotes del Dios de las misericordias ayudarán sin duda al gobierno en obra tan benéfica. Su ministerio es propiamente el de la mansedumbre y caridad. Ellos apurarán sus esfuerzos para extender la unión entre pueblos formados para amarse y para estar ligados con los vínculos de una fraternidad evangélica ¡Qué terrible ejemplo sería el de la desunión brotando desde las aras del santuario!"

El Discurso se cerraba con un mensaje claro que interpelaba a su auditorio en un sentido único, la búsqueda de la unidad y la conciliación:

> ¡Y vosotros, dignos ciudadanos, que a costa de tantos sacrificios os habéis elevado al grado de los hombres libres! ¿Hasta cuándo durarán esos furores sanguinarios? Si al principio de esta feliz revolución se hubiesen detestado americanos a americanos, pueblos a pueblos, provincias a provincias ¿quién hubiera sido capaz de hacer rayar esa autora de vida de que los lisonjeamos tanto? Desgraciadamente desunidos y más separados entre sí los naturales de este suelo (con gran dolor lo digo) que del peninsular orgullosos, ¿en que vendrá a parar el prospecto agradable de una saludable reforma? ¡Compatriotas! Sea este el día consagrado a una conciliación sincera. La iglesia, como notaba un sabio, es un lugar para hacer un paréntesis a los extravíos humanos, tenga, pues, la fuerza de haceros deponer las disputas privadas, que os hacen perder el derecho que tenéis al nombre de cristianos.

Juan Martín de Pueyrredón –presente en la ceremonia– reconoció "su elocuente persuasión" y celebró poder contar con un "ministro de Dios" para llevar adelante su empresa. Y lo premió con estas palabras "Cuando he visto a Ud. en el

día de ayer, a la presencia de este gran pueblo, unir con gran sabiduría los intereses del Altísimo con los de la amada patria, exhortando a nuestros ciudadanos a que detesten y arrojen de su seno la hidra mortal de la discordia, me he llenado de la dulce satisfacción a Ud."[15].

Este reconocimiento –y, además, su impresión y publicación, un privilegio en aquellos tiempos– lo trasladó en los meses siguientes a Mendoza. Aunque no hay constancia documental de ello, es probable que haya sido esta cercanía con el director supremo Pueyrredón, así como su conocimiento personal de San Martín en los días del Combate de San Lorenzo, lo que lo llevó a integrar, como capellán, el Ejército de los Andes.

MENDOZA, LOS ANDES Y CHILE, 1817

La guerra no era un fenómeno nuevo en el suelo americano, y la participación de los curas en ella, tampoco. Pero la intensidad que adquirió en estos años abrió oportunidades de desplegar la vocación guerrera para muchos sacerdotes que se convirtieron en capellanes de los ejércitos de la revolución. Algunos de ellos son hoy más conocidos, como el Fraile Félix Aldao o Fray Luis Beltrán, o "Fray Vulcano", un apodo merecido por su importante papel en la fabricación de armas para el Ejército de los Andes.

Llevaban a cabo funciones precisas: confesaban a la tropa y atendían a los moribundos administrando los auxilios espirituales en ese trance. Dado lo particular de su tarea, así como la cotidianidad de la muerte, estaban facultados para absolver a los combatientes de una amplia gama de pecados antes de las batallas y para administrar la extremaunción.[16]

La misa dominical era un momento especialmente preparado en los ejércitos en campaña. Se colocaba el altar portátil en una gran tienda de campaña. Los soldados debían asistir con sus uniformes completos y debidamente aseados para escuchar el sermón en el que se los estimulaba a defender la sagrada causa de la revolución.

Las blasfemias eran duramente castigadas con penitencias físicas. En el Ejército de los Andes se dispusieron penas severas para estos casos: la primera vez que se incurría en el pecado, se purgaba con cuatro horas de mordaza atado a un palo público y la segunda, era "atravesada su lengua con un hierro ardiente y arrojado del cuerpo"[17].

[15] Colimodio, R. A. y Romay, J. A., *Soldados de San Martín en San Lorenzo. Hechos y aspectos inéditos*, Buenos Aires, Alfar Editora, 2012.

[16] Pelagatti, O., "Los capellanes de la guerra. La militarización del clero en el frente oeste de la revolución rioplatense", en Bragoni, B. y Mata, S. (comps.) *Entre la Colonia y la República. Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, Buenos Aires, Prometeo, 2008, pp. 193-216.

[17] Cayetano Bruno SDB, *La Virgen Generala. Estudio documental*, Rosario, Ediciones Didascalia, 1994.

Los capellanes del Ejército de San Martín en su mayoría eran de Cuyo o habían emigrado desde Chile, salvo dos, que eran porteños. Uno de ellos era Julián Navarro. La mayoría había acumulado experiencias políticas al calor de la revolución. No pocos habían sido señalados como los autores –algo ocultos– de tumultos callejeros y luchas facciosas, como el propio Navarro, según hemos visto.

Estos capellanes se convirtieron en los hombres de confianza de los oficiales, quienes les pedían consejo antes y después de las batallas. Pero la religión no solo estuvo presente en la guerra por la vía de los capellanes. Al crear el Ejército de los Andes en Cuyo, San Martín nombró a la Virgen del Carmen su "generala", reproduciendo un gesto que otros, de ambos bandos, ya habían tenido durante las guerras de independencia precedentes.[18]

Manuel Belgrano primero y Joaquín de la Pezuela después lo habían hecho en la que se libraba en el norte del antiguo Virreinato del Río de la Plata. Belgrano había nombrado generala a la Virgen de la Merced el 24 de septiembre de 1812 luego de la victoria en la Batalla de Tucumán, triunfo que no había dudado en atribuir a su intercesión. Incluso, le había entregado el bastón como símbolo del "ascenso" en el escalafón militar. Por su parte, De la Pezuela, comandante del ejército realista, había hecho lo propio con la Virgen del Carmen luego de las victorias de los ejércitos contrarrevolucionarios.

Más allá de la sinceridad de sus devociones personales, estos generales habían percibido la importancia de las creencias religiosas y, sobre todo, del culto mariano entre la tropa.[19] El nombramiento de "vírgenes generalas" servía a otro objetivo central en una guerra: crear un sentimiento de unidad entre los soldados y, a la vez, de subordinación Conducidos por una Virgen –que asumía el mayor grado militar, al ser investida como generala– no dudarían en el carácter sagrado de la causa que los lanzaba a la guerra.

Estos "nombramientos" amplificaron el papel de las advocaciones marianas en la guerra, dado que, hasta entonces, ellas habían cumplido un papel importante aunque de un rango menor: como patronas o protectoras. A ellas se les ofrecían las banderas capturadas al enemigo –como lo hizo Liniers con la Virgen del Rosario luego de la Reconquista de la ciudad de Buenos Aires– y se invocaba su protección antes de la guerra. El nuevo escenario de las guerras por la independencia exigían perfeccionar los dispositivos y, entre ellos, la práctica religiosa tuvo un lugar destacado.

San Martín puso en práctica estas recomendaciones y pocos días antes de la partida del Ejército de los Andes hizo bendecir la bandera y nombró "Generala"

[18] Para el tema del nombramiento de las Vírgenes Generalas nos hemos basado en el trabajo de Ortemberg, P., "Las vírgenes generalas: acción guerrera y práctica religiosa en las campañas del Alto Perú y el Río de la Plata (1810-1818)", en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, n.º 35/36, 2011/2012, pp. 11-42.

[19] Puede verse Gómez, F., "Conflictos religiosos y adhesiones políticas en la guerra revolucionaria. La retirada del ejército auxiliar del Perú en 1811", dossier a cargo de María Elena Barral y Valentina Ayrolo: La Historia de la Iglesia católica en Argentina: un campo historiográfico que crece, en *Folia Histórica del Nordeste*, n.º 23, 2016, pp. 219-241.

a la Virgen del Carmen. La ceremonia tuvo lugar el domingo 5 de enero, luego de que el Ejército de los Andes hiciera su entrada entre el repique de las campanas de ocho iglesias y recorriendo un trayecto adornado con arcos de flores. Esta marcha asumió un tono procesional al sumarse la imagen de la Virgen del Carmen en el convento de San Francisco.

Todos marcharon hacia la iglesia matriz, donde habían colocado la bandera en una bandeja de plata sobre un sitial con tapete de tela de damasco. San Martín la tomó y la presentó al sacerdote junto con su bastón para que los bendijera. Este paso fue celebrado con una salva de veintiún cañonazos. Luego siguió la misa y, al finalizar, la procesión volvió a salir hasta un altar preparado al costado de la iglesia. Allí San Martín siguió el guion belgraniano repitiendo cada uno de sus movimientos: se arrodilló ante la imagen, le entregó el bastón de mando y le prometió las banderas enemigas. Luego la imagen de la Virgen fue depositada en el convento de San Francisco con la misma solemnidad con que había sido retirada.[20]

Julián Navarro estuvo aquella mañana en la capital mendocina y participó de la ceremonia como cinco años antes lo había hecho junto al río Paraná al lado de Belgrano en el izamiento de la bandera. En esta ocasión su perfil fue más discreto. Del otro lado de la cordillera lo esperaba un futuro que no sabemos si imaginó al emprender la marcha junto al resto de los capellanes y soldados de los batallones que integraban el Ejército.

A los ocho meses de esta ceremonia, cuando el Ejército de los Andes ya había atravesado la cordillera y conseguido una importante victoria en la batalla de Chacabuco, el 14 de septiembre de 1817 Julián Navarro fue el encargado de pronunciar en la catedral de Santiago un nuevo sermón patriótico. En este caso el discurso era un elogio, un homenaje. Los destinatarios eran "los bravos patriotas que perecieron en la acción de Rancagua el 1 y 2 de octubre de 1814"[21]. Allí, a diferencia del Discurso pronunciado en la catedral de Buenos Aires poco menos de un año antes, no hablaba de concordia sino de venganza y expresaba: "La patria no muere, sus infortunios tendrán siempre vengadores mientras exista la unión, así como de nada sirve que sea fecunda la sangre de los héroes si la discordia civil empeña el odio que debía escarmentar el enemigo común".

Navarro extremaba los argumentos y –acudiendo nuevamente a los ejemplos bíblicos– equiparaba a los combatientes revolucionarios con quienes integraron las Cruzadas para la liberación del Santo Sepulcro.[22] Las guerras por la independencia se transformaban en guerras santas: "Oíd lo que se lee en el libro

[20] Espejo, G., *El Paso de Andes. Crónica histórica de las operaciones del ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817*, Buenos Aires, La Facultad, 1916.

[21] "Elogio de los bravos patriotas que perecieron en la acción de 'Rancagua' el 1 y 2 de Octubre de 1814 hecho por el canónigo Dr. Julián Navarro en la Catedral de Santiago de Chile el 14 de setiembre de 1817", en Museo Histórico Nacional, *El clero argentino de 1810 a 1830*, Buenos Aires, Imprenta de M. A. Rosas, 1907, tomo I: Oraciones Patrióticas, pp. 245-254.

[22] Di Stefano, R., "Lecturas políticas de la Biblia…" óp. cit., pág. 214.

1 de los Macabeos. Matatias [...] hallándose a los umbrales del sepulcro, encargó imperiosamente a sus hijos la continuación de la guerra Santa".

Los combatientes patriotas eran los nuevos macabeos contra un ejército de ocupación dispuesto a destruir la "verdadera religión". A ellos está destinado el elogio que concebía como un medio –casi un bálsamo– necesario para serenar el corazón "en la pérdida de los buenos", como un consuelo para el vacío que dejaron en la sociedad. Navarro no se engañaba sobre lo que significaba la pérdida de los combatientes: "No tenemos la dicha de conservar los nombres augustos del bravo soldado que fue abrasado por el fuego de treinta y seis horas. Su constancia les hizo desaparecer como el humo en que fue confundido. Los últimos rastros de su existencia fueron los de su valor". El tributo a los muertos era necesario, consolaba el corazón dañado por la pérdida de los buenos. El vacío de los que murieron por la patria no podía llenarse, pero el reconocimiento instruía a los vivos en la escuela del ejemplo.

La derrota de Rancagua le resultaba inexplicable al sacerdote, y aún más inadmisible era la persistencia de los españoles en su tentativa por sojuzgar a América, que se volvía la destinataria de sus palabras. Navarro decía: "se te pretende esclavizar necesariamente en la época en que la naturaleza y todas las instituciones sociales te lo habían restituido: cuando la descendencia de tus invasores es una propiedad de tu suelo en que has visto la luz, y quiere ser, y que seas tan libre como tus antiguos indígenas". Y agregaba: "cuando sin los sangrientos estatutos de la mita se extrae el oro de tus minerales, para que mezclado con tus ricos frutos, sirva al mercado del universo aquel mismo metal que por tres siglos se empleaba en forjar tus cadenas".

La lista de los derechos a un gobierno propio se alargaba en la enumeración de Navarro. Las irrupciones de los españoles eran descriptas por él como "asalto de bandidos", y la pretensión de Fernando VII, ya restaurado, de retomar el control de América, tiránica.

Navarro hacía política. En las parroquias y en los campos de batalla. También en las plazas y en los púlpitos. Parecía manejar a la perfección las claves políticas de la época. El fraccionamiento dentro del grupo revolucionario obligó a unos y otros a adherir a algunas de las alternativas disponibles. Una vez que estuvo del lado de la revolución, tomó una posición y la defendió.

Su trayectoria no tuvo demasiadas sorpresas. En septiembre de 1811 integró el grupo que instaló el Primer Triunvirato y apartó a los saavedristas del gobierno. Probablemente no acordó con la línea política que derivó en la instalación del Segundo Triunvirato en octubre de 1812 y que implicó el desplazamiento de Juan Martín de Pueyrredón, cerca del cual se lo vio actuar en estos años. A partir de ese momento, la Logia Lautaro asumió el mando de la Revolución hasta que otro movimiento depuso al Director Supremo Alvear en 1815. Sus críticas a este personaje lo llevaron por poco tiempo a Patagones, desde donde parece haberlo rescatado Pueyrredón una vez que el Congreso de Tucumán lo nombró en ese cargo. Su siguiente destino junto a San Martín en el Ejército de los Andes debió relacionarse con esta afinidad que el propio Pueyrredón se encargó de

destacar luego de su discurso de la Concordia en la catedral de Buenos Aires a fines de 1816.

En contraste con lo que sucedía en la jerarquía eclesiástica, en el Río de la Plata la mayor parte del clero acompañó, y en ocasiones, apoyó activamente las instancias más decisivas de estos años. Las invasiones inglesas y la movilización popular que se articuló a propósito de la resistencia y la reconquista de la ciudad de Buenos Aires habían dejado una comunidad en una suerte de estado de agitación revolucionaria. En el mismo movimiento se habían comenzado a desarticular algunos de los antiguos modos de hacer política, aunque muchos de quienes habían tenido a su cargo responsabilidades comunitarias permanecieron en los sitios de liderazgo y conducción, si bien de un modo particular. Como hemos visto a lo largo de estas páginas, Julián Navarro lo hizo en las plazas, las iglesias y los campos de batalla.